

Homenaje al doctor Pedro Rodríguez Crespo

Jorge Humberto Rosales Aguirre

Universidad de Piura

El jueves 2 y el viernes 3 de septiembre, en un colmado auditorio del campus de Piura, se desarrolló el Coloquio de Estudiantes de Historia de la Universidad de Piura 2010, en el cual los futuros historiadores presentaron a la comunidad universitaria un adelanto de sus investigaciones, tanto de historia regional cuanto de historia nacional en sus distintas etapas y en diversos campos, como economía, política, vida social, religión, instituciones jurídicas, gastronomía, entre otros. Este coloquio fue dedicado a la memoria del doctor Pedro Rodríguez Crespo, profesor visitante de la Universidad y maestro entrañable de sucesivas promociones de la Especialidad de Historia quien falleció en junio de 2008.

En la formación del historiador, como decía el programa del evento, hay asignaturas fundamentales que ponen a prueba su vocación por la ciencia histórica, y que requieren de una capacidad especial para aprenderlas y para enseñarlas, como ocurre, por ejemplo, con Teoría de la Historia o con Metodología y Fuentes de la Historia, o con algunos seminarios muy especializados. Un profesor que cultivó estas materias con profundidad y solvencia fue Pedro Rodríguez Crespo, quien, desde la fundación de la Especialidad en 1994, compartió con sus alumnos los conocimientos por él adquiridos a lo largo de muchos años de estudio, de investigación y de docencia. Ernesto Mavila Ugarte, decano de la Facultad de Humanidades, inauguró el coloquio con un recuerdo personal:

No tuve la suerte de tratarlo mucho, pero sí me di cuenta de su calidad humana y profesional, ambas muy altas. Destaca, en la percepción que tuve de él, una seriedad profesional, muy severa, que imponía respeto, y que podríamos atribuir a una inquebrantable honradez intelectual y a un profundo compromiso con la verdad. Por otro lado, tenía un gran sentido del humor y una afabilidad insospechados que hacían muy fácil tratarlo con confianza. Respeto y confianza para un hombre que se ganó un sitio entre los grandes y se merece todo el reconocimiento y admiración.

Cinco de sus antiguos alumnos, hoy docentes de la Universidad, dieron testimonio de su relación con este maestro ejemplar. Igualmente, el

doctor Juan Carlos Crespo López de Castilla, también profesor visitante de nuestra Casa de Estudios, y colega del homenajeado en la Pontificia Universidad Católica del Perú, evocó su figura y el valor de su presencia en la vida universitaria nacional. Aunque todos coincidieron en el significado de Pedro Rodríguez en su formación y en la profunda gratitud hacia él, cada uno, desde su personal vivencia, mencionó aspectos singulares pero complementarios que procuraremos reseñar, y que en conjunto dibujan la imagen de un ser pleno en su calidad humana y feliz en la realización de su doble vocación: el magisterio y la Historia.

Fabiola Ortiz Rosas compartió primero el siguiente recuerdo:

Sábado a las siete de la mañana, corriendo por el pasillo para llegar a tiempo al aula, y cuando llegabas lo veías arreglando sus apuntes o sus libros... Hombre amable, erudito, con un sentido del humor muy fino, sereno, seguro... Lo recuerdo como un buen maestro, por las clases impartidas, por las reflexiones sugeridas, por los consejos dados. Era capaz de hacer toda una clase contando sólo anécdotas de personajes célebres, especialmente europeos. Con tono calmado, muy mesurado, nos explicaba acontecimientos trascendentales y nos llevaba a reflexión, en concordancia con lo que siempre decía: un buen historiador debe ser reflexivo, crítico, analítico y objetivo.

Cristina Milagros Vargas Pacheco reveló:

Fue él quien nos condujo de la mano por el sendero de las ideas de Macchiavello y Tocqueville..., pero también fue él quien, casi susurrándonos y de manera pausada pero segura, nos introdujo al mundo de la corona castellana de fines del siglo XV, para luego llevarnos, a través de un viaje imaginario pero de raigambre histórica, desde la antigua España hasta las Indias occidentales, descubriendo así, en profundidad, el mundo de las instituciones virreinales en unas clases en donde el Derecho y la Historia se confunden y se interceptan en la comprensión de la constitución de esa realidad, otrora emergente, que era la americana.

Cristina Vargas integra hoy la cátedra de Historia del Derecho, y seguramente debió descubrir allí su inclinación por esta ciencia histórico-jurídica, especialmente por los temas vinculados al Derecho indiano. Recordó las clases del doctor Rodríguez y la manera como llevaba a los alumnos a las fuentes documentales con una marcada vocación.

Marc Bloch decía que todas las ciencias son interesantes, pero que cada sabio sólo encuentra una cuyo cultivo le divierte. El doctor Rodríguez supo hallar aquella que lo deleitaba y apasionaba, supo descubrirla y consagrarse a ella con verdadera [frucción].

Roxana Hernández García lo describe así:

En el aula su actitud era serena y su rostro siempre esbozaba una ligera sonrisa que veíamos a través de sus infaltables gafas. El tono bajo de su voz contrastaba con la seguridad que transmitían sus palabras; el conocimiento que nos daba llegaba simple y sencillo, directo, no necesitaba mayor esfuerzo al enfatizar en el dato, ni gustaba gesticular en demasía, detalles que salían sobrando ante la evidencia que presentaba a nuestros ojos, siempre apoyado en el documento, en la conclusión producto de una concienzuda búsqueda, mostrándonos qué significa ser investigador, labor para la que consciente e inconscientemente nos estaba formando... Valoraba su orden y la limpia secuencia de los pasos en que desarrollaba la sesión de clase: primero, evocando lo aprendido en la sesión anterior y convirtiéndolo en el tema motivador de la presente, para [luego] pasar a desarrollar la clase controlando constantemente el tiempo, de tal manera que al final se podía llegar a una conclusión e incluso [hacer] una reflexión respecto a lo estudiado.

Todavía tengo escrita en uno de mis apuntes de clase una frase que nos repetía con frecuencia: 'el historiador tiene que investigar mucho tiempo para llegar a una conclusión de apenas dos líneas'. La frase por sí sola podía resultar desmotivadora, pero el doctor Rodríguez nos hacía tomar conciencia de la importancia que esas dos líneas tenían, ya que rendirían sus frutos.

Se remontó entonces a dos anécdotas que reflejan la capacidad de concentración del profesor:

En una ocasión en que se me había hecho tarde para llegar a clase -cosa inusual, debo decir a mi favor- después de correr escaleras arriba cometí el desatino de ingresar a toda carrera en el aula, haciendo gran estruendo, pues tropecé y se me cayeron los libros que llevaba. Mientras los más de treinta alumnos miraban sorprendidos, tratando de adivinar la reacción que tendría el doctor. Él continuó la clase como si nada, sin perder la ilación ni reparar siquiera en el episodio. Al disculparme el doctor Rodríguez me respondió, con una sonrisa que ni siquiera se había dado cuenta.

La segunda experiencia tuvo como protagonista a una ardilla.

Nos encontrábamos en plena clase cuando una ardilla ingresó por una de las ventanas de la parte alta. Éramos pocos alumnos, así que podíamos sentir el avance del animalito que iba de grada en grada buscando algo [de comer] entre las mesas y sillas. A los alumnos nos resultaba imposible mantener la atención en la clase pues, entre curiosos y expectantes, seguíamos los movimientos del inesperado visitante. De repente la ardilla saltó sobre el escritorio del profesor, jugueteó con el lapicero que se encontraba encima y, ante la indiferencia del doctor que seguía desarrollando el tema retando con ello nuestra capacidad de concentración y haciendo gala de la suya, la ardilla subió confiadamente

sobre su hombro... Todos nos quedamos en suspenso, a la espera de la reacción de nuestro profesor. Él ni siquiera se inmutó, y los diez minutos que faltaban para el fin de la sesión [transcurrieron] con toda normalidad, con una ardilla sobre su hombro, sin perder en ningún momento la secuencia de la clase y sin siquiera dirigir una mirada al impertinente pero simpático animalito.

Hernández García recordó también los días del homenaje al profesor Del Busto, el año 2007, cuando Pedro Rodríguez visitó por última vez la Universidad de Piura.

Era un viernes por la noche y la conversación en todo momento fue muy fresca y amena, con varias anécdotas, e incluso un reportero iba a tomar una foto de nuestra mesa; luego, algo distrajo nuestra atención y la foto no se tomó, sin embargo creo que esa imagen, el ánimo y la alegría que proyectó esa noche quedó grabada en la memoria y en el corazón de los que tuvimos la suerte de dialogar con él.

Julissa Gutiérrez Rivas hizo una reflexión remontándose a la historia de la institución universitaria:

La Universidad en sus inicios, en la época medieval, se concibió como ‘ayuntamiento de maestros y escolares que es hecho en algún lugar con voluntad y entendimiento de aprender los saberes’. Maestros y alumnos, un gremio de espíritus en torno al saber y el servicio: de maestros con afán de difundir todo lo aprendido y alumnos con ganas de aprender. Siglos más tarde seguimos pensando lo mismo, sobre todo cuando hay maestros que, sin escatimar ningún tipo de esfuerzo y con mucha ilusión se reúnen con sus alumnos con un solo objetivo: compartir el saber. Y eso es lo que nos convoca hoy, recordar y agradecer a nuestro querido profesor Pedro Rodríguez Crespo.

La profesora Gutiérrez concentró en tres los muchos aspectos que justifican un grato testimonio del maestro evocado.

El primero es el conocimiento que nos transmitió sobre Teoría de la Historia donde... nos retaba a que, como futuros historiadores, debíamos hacer un esfuerzo muy grande para conocer a los hombres de tiempos pasados; es lo que Lapeyre llama el *Método de la comprensión histórica*... Parafraseando a Aristóteles decía que “el hombre es un animal histórico” pues somos el resultado del pasado, de ese largo camino de decisiones, de esa libertad para elegir, aunque muchas veces nos equivoquemos. Esta comprensión de la que nos hablaba no es el no emitir un juicio, había que hacerlo, sí, pero con un intento de entender al hombre del pasado. El segundo... son sus consejos sobre el trabajo del historiador: trabajo arduo, pero grato, afirmaba. [En este aspecto] un recuerdo que tengo era el conocimiento y [su] simpatía por Herodoto, el primer historiador; en las clases dedicadas al tratamiento de las fuentes se me quedó la frase con la

que el doctor Rodríguez sintetizaba la forma de trabajar del Padre de la Historia: 'Esto no lo vi, esto me lo contaron', dejándonos ver que Herodoto ya manejaba una crítica que derivaba de su propia observación o de los hechos que otros le contaron. El tercero es la inquietud que nos transmitió en querer conocer más sobre los teóricos de la Historia quienes, a través del tiempo... han ido enriqueciendo a esta disciplina tan apasionante que es la Historiografía. Así, como buen maestro que era, en cada tema nos daba bibliografía para leer.

Una forma de tributarle un homenaje es no perder nunca de vista que, como lo ha mencionado el Papa Benedicto XVI, uno de los rasgos más importantes de la Universidad es su dimensión comunitaria, esa vocación social que debemos tener los profesores y que nos debe llevar a estar cada vez más comprometidos en la búsqueda de la verdad y de competencias culturales y profesionales en nuestros alumnos, tal como lo hizo, y con creces, nuestro recordado profesor Rodríguez.

Jorge Pável Elías destacó la influencia del homenajeado en su vocación y en la definición de los temas de investigación que inició cuando era estudiante de la Especialidad.

Mi primer recuerdo sobre el querido maestro Pedro Rodríguez Crespo se remonta a algún día de marzo de... 1991. Los alumnos que habíamos ingresado ese año a la Universidad, a Estudios Generales-Derecho, de la sección 'B', esperábamos impacientes, en el aula 322 a nuestro profesor de Historia Universal I, a quien no conocíamos. Debo manifestar la sorpresa que tuvimos... Sorpresa inicial por las características físicas del profesor, pero también, y más importante, sorpresa por la sabiduría y el gran conocimiento de la materia que demostraba. Para nosotros era una nueva forma de estudiar la historia, de ver y entender la Historia Universal. Veníamos con una forma de entender las cosas donde las fechas, las batallas y los grandes personajes eran lo primordial, dejando de lado lo verdaderamente importante, el carácter procesal de la historia de las sociedades. Claro que de esto último no era consciente en aquel momento.

Pável Elías Lequernaqué recordó, a través de su vínculo con el doctor Rodríguez, los años iniciales del Programa de Estudios Generales en la Universidad, años en los que la labor de los profesores visitantes fue fundamental.

Eran aquellos tiempos en que el doctor Rodríguez... venía de Lima dos veces al mes y dictaba clases de jueves a sábado... a las cuatro secciones [del primer ciclo... Años más tarde], en la calidez de la amistad y de la relación alumno-maestro, recordábamos anécdotas de esos 'tiempos heroicos', que evocaba con mucho agrado, porque para él siempre fue un placer venir a la Universidad de Piura.

Esta vinculación entre el recién ingresado y el profesor se hizo más intensa y trascendente con el inicio de la Especialidad de Historia, en la que hoy el primero dicta varios cursos de los impartidos entonces por el segundo. Sobre la trascendencia de esta relación Pável Elías hizo esta confidencia:

Me encontraba en búsqueda de la verdadera vocación; sabía que no sería un buen abogado, era otra cosa lo que me gustaba pero no sabía qué, hasta que la respuesta la encontré en dicha especialidad que había abierto sus puertas en el segundo semestre de 1994 y a la que me incorporé como alumno en el primer semestre de 1995. El primer curso con el que me encontré fue Metodología de la Historia, dictado por los doctores Pedro Rodríguez Crespo y Juan Carlos Crespo. Fue un reencuentro con nuestro homenajeado luego de tres años. Descubría [en él] a una persona [íntegra] y a un profesional erudito que sería fundamental para mí... Es verdad que no era un profesor que nos [cautivase] por su locuacidad a la hora del desarrollo de las clases, pero eso no significaba que [ellas] carecieran de rigor intelectual, por el contrario, demostraban erudición así como un gran y minucioso trabajo de preparación que por lo menos a mí me maravillaba, sentía que mi maestro era un historiador que se preocupaba, junto con los conocimientos que nos impartía, de incentivarnos y motivarnos en la profesión de la Historia.

Además de Metodología, el doctor Rodríguez dirigió, entre otros, Seminario de Temas Históricos Universales y Seminario de Temas Históricos Peruanos.

En este último recuerdo temas fundamentales en mi decisión por dedicar parte importante de mi investigación al mundo indígena virreinal y su relación con la Corona española, temas que me emocionan. Sentía que aprendía algo valioso y nuevo en cada clase, tanto, que lo llevé voluntariamente por segunda vez en 2001. (...)

Nuestra Especialidad es lo que es gracias al aporte de profesores con espíritu generoso como el doctor Rodríguez, quien como maestro estaba comprometido con su vocación formando en Lima y en Piura a los futuros historiadores del Perú. Numerosas generaciones guardan una profunda gratitud al magisterio de Pedro Rodríguez Crespo.

La última vez que el doctor Rodríguez estuvo en Piura fue en noviembre de 2007 para el homenaje a José Antonio del Busto, otro de los grandes de la Historia. Como lo habían hecho algunos de los oradores anteriores, Pável remarcó:

Fue un gusto compartir con él durante esos cuatro días de homenaje una serie de conversaciones fuera del aula que como alumno no me había atrevido a tener... Ya no hablamos solamente de lo académico y de lo

histórico sino sobre todo de su vida, de sus anécdotas con los amigos en común (profesores Rosales, Crespo, del Busto). Claro está, lo que se podía contar, pues a pesar de estar y sentirse muy a gusto en aquellas conversaciones, mantenía su carácter reservado en algunos temas”.

Al concluir su testimonio, puso énfasis en el pesar que produjo la noticia de su fallecimiento, “pues en lo personal llegó a ser un maestro en lo que a la vocación y oficio de historiador se refiere, y en la Especialidad, así como en la Universidad, representó un personaje muy querido entre profesores, alumnos y exalumnos”. Finalmente citó las palabras que Salomón Lerner Febres, exrector de la Pontificia Universidad Católica del Perú, le dirigiera cuando fue nombrado profesor emérito de dicha Universidad: “Cuando pienso en la personalidad del doctor Rodríguez, no es la imagen del sabio la que aparece, sino el retrato del hombre prudente que pisa firme la tierra con la seguridad del hombre justo”. Haciendo suyas estas palabras, terminó: “Así lo recordaremos siempre”.

Fue muy emotivo escuchar el testimonio del doctor Juan Carlos Crespo López de Castilla que acompañó muchos años al doctor Rodríguez en sus “periplos piuranos” para sembrar aquí la semilla de la Historia que, gracias a ellos, fructificó pronto y bien en el antaño “*desertus universitario*”, como los primeros alumnos llamaban coloquialmente a nuestro *campus* que nació enclavado en las arenas del desierto.

Me solicitaron escribir unas líneas para este sencillo y muy significativo homenaje al doctor Pedro Rodríguez, quien fuera profesor en la Pontificia Universidad Católica del Perú, y muchos años también profesor visitante en esta querida Universidad de Piura. Sin embargo, no he podido escribir nada porque a Pedro no lo tengo en el obituario, es decir, en la lista de los amigos y colegas fallecidos. Pedro se fue prácticamente sin avisar, discretamente, tal como vivió todos los años de su vida. Lo recordamos hoy en el marco del Coloquio Anual de Estudiantes de Historia, y eso me permite hacer memoria de su enorme y a la vez silenciosa contribución con los estudios de Historia, primero en los Estudios Generales y luego en la Especialidad de Historia de la Universidad de Piura, cuyo resultado en poco tiempo fue el contar aquí, entre nosotros, con toda una generación de jóvenes historiadores encargados con igual atención de la docencia en Historia y de la investigación en Historia Regional. La presencia mía aquí también está relacionada con él: en los primeros días del mes de enero de 1991, imagino que de acuerdo con Jorge Rosales, me propuso ayudarlo en el dictado de los cursos de Historia Universal Antigua y Moderna, y así lo hicimos, utilizando algunos fines de semana de intensa docencia. Hoy, veinte años después, el resultado es evidente: están aquí con nosotros los jóvenes profesores a cargo de los cursos de Historia, participando de este sentido homenaje.

El principal recuerdo que tenemos de Pedro está relacionado a su docencia, dentro y fuera del aula, con entrega y vocación. Fue mi profesor en Lima, razón por la cual nos complace dar de ello testimonio directo. No tuvo la brillantez de algunos que combinan la sabiduría con especiales habilidades para la comunicación, sin embargo, aparecía siempre delante de los estudiantes como el profesor serio y a la vez cercano, gran conocedor de la historia, siempre bien documentado, dispuesto a compartir con generosidad el gran alcance de su dominio de los temas de la Teoría, Métodos y Fuentes de la Historia; de la historia moderna europea, de la historia de la España medieval y moderna, y de la historia del Perú virreinal, particularmente del siglo XVII que durante mucho tiempo sólo unos pocos investigaban... La docencia continuaba en la conversación personal, en tertulias y recreos ilustrados, en la información generosamente entregada, en los libros de su biblioteca siempre actualizada que compartía sin limitación alguna". (...)

Junto con el Profesor, evocamos hoy en Pedro Rodríguez su carácter de persona íntegra, de buen consejero, de hombre profundamente cristiano, de amigo con virtudes excepcionales. No les quepa la menor duda de que hoy está [aquí], observando con agrado el progreso de los estudiantes y de los jóvenes profesores en esta nueva versión de los Coloquios de Historia dedicada a su recuerdo, a reconocer los beneficios [que nos ha dejado]. Buen recuerdo éste, de Pedro Rodríguez, entre nosotros hoy, y gozando a la par en la vida plena en que con tanta fe creía. Nos estará mirando con gratitud".

Laura Rosalía Albornoz Neyra, al agradecer en nombre de los alumnos ponentes en el Coloquio, también se refirió a la figura del profesor homenajeado y a su aporte en la formación de los historiadores de la Universidad de Piura. Ella dijo:

Es para nosotros un honor el haber podido ofrecerles nuestras investigaciones producto de un concienzudo, objetivo y acucioso trabajo, aspectos [que], somos conscientes, todo historiador debe poseer y enriquecer siguiendo el ejemplo de notables figuras del ámbito histórico como es el caso del doctor Pedro Rodríguez Crespo... quien a través de diferentes cursos... dejó una honda huella por la que buscamos transitar los que intentamos seguir la senda trazada por él.

Fue profesor emérito de la Pontificia Universidad Católica del Perú, director de la Biblioteca Central [de dicha] Universidad y Subdirector del Instituto Riva-Agüero, lauros académicos que hemos querido recordar haciendo un merecido homenaje al reconocido historiador y al docente con vocación... En torno a su recuerdo nos hemos reunido con la finalidad de evocar sus cualidades y capacidades como académico, unidas a su carisma, don de gente, al trato amable y cariñoso que tenía para con sus discípulos y a la capacidad de compartir con ellos sus

conocimientos. Al tomar como ejemplo [su] figura, sólo nos queda comprometernos con entusiasmo y contribuir con nuestro trabajo silencioso y constante en el apasionante campo de la investigación histórica bajo el espíritu de rigurosidad científica de la Universidad de Piura.

El Vicerrector de Investigación y Ordenación Académica, Dante Guerrero Chanduví, al clausurar el Coloquio en nombre del Rector, recordó que tuvo la oportunidad de conocer al doctor Rodríguez Crespo y que pudo descubrir en él valores esenciales y notas propias de una personalidad superior. He aquí su testimonio:

Realmente nos sentimos gratificados que esta actividad académica lleve ya catorce ediciones, lo que refleja el enorme esfuerzo de los profesores de la Facultad de Humanidades por incentivar en sus alumnos la pasión por la Historia... Y si hablamos de pasión por la Historia se hace necesario recordar al doctor Pedro Rodríguez Crespo, incansable investigador y docente quien tuvo en la Historia a su motor de vida. (...)

Cuando era estudiante universitario y luego profesor en formación (futuro docente), tuve la suerte de coincidir con don Vicente Rodríguez Casado; él pasaba algunas temporadas en la Universidad... enseñando asignaturas de Historia. Con cierta frecuencia lo encontrábamos, alrededor del mediodía, en alguna de las bancas próximas al edificio principal; don Vicentón, como le decíamos, sabía estar con todo tipo de personas, especialmente con los jóvenes, rápidamente establecía un nexo y se generaba cierta empatía, sin importar la facultad a la que pertenecías, y de pronto estabas participando con mucha naturalidad en una conversación culta y con buen humor... En cierta ocasión, en alguna de esas 'tertulias informales', pasaba cerca el doctor Pedro Rodríguez, inmediatamente se saludaron, noté un especial aprecio entre ambos, nos presentó a cada uno y gastó alguna broma con nosotros. Este fue un encuentro casual con el doctor Pedro Rodríguez que con el transcurrir del tiempo se manifestó en saludos cordiales por los pasillos y en alguna conversación siempre grata".

La numerosa concurrencia, con sus aplausos prolongados, adhirió a este justo homenaje a un profesor que caló hondo en la comunidad universitaria. El profesor Rodríguez era un hombre sabio, meticulado, prudente, acertado en sus juicios y gran consejero. A él le decimos con sincero cariño y profunda gratitud: Pedro Rodríguez Crespo, maestro y amigo, estás siempre presente entre nosotros, no has arado en un estéril *desertus* sino en un fértil y propicio *campus*, tu trabajo ha dado frutos y los seguirá dando a través de los historiadores que formaste y que transitan seguros por los surcos que trazaste con tus clases y tu ejemplo.

Reseñas

Benedicto XVI, *Naturaleza y misión de la Teología. Ensayos sobre su situación en la discusión contemporánea*, Pamplona, EUNSA, 2009, 144p.

Lo primero que hay que mencionar es que, como en otros libros del autor, nos encontramos ante una recopilación de trabajos del entonces Cardenal Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, Joseph Ratzinger, publicada originalmente en alemán: *Wesen und Auftrag der Theologie* (Johannes Verlag Einsiedeln, Freiburg, 1993). Se trata de una serie de seis conferencias y artículos (el último de ellos era inédito) elaborados en la década del 80, y repartidos ahora dentro de tres capítulos: “Supuestos y fundamentos del trabajo teológico”, “Naturaleza y forma de la teología” y “Aplicaciones”. En estos escritos el Cardenal Ratzinger analizaba las relaciones del quehacer teológico con la filosofía, con el mundo académico, con la Iglesia y su magisterio, con el mundo pluralista en el que se mueve la teología, etc. y propone, como fruto de sus reflexiones, unas aplicaciones concretas tanto en el quehacer teológico en general, como en la formación sacerdotal en Alemania en particular.

Hasta aquí uno podría pensar que se trata de un libro para especialistas, pero no es así. En realidad, el enfoque que se da a cada tema en debate es una lección sobre el modo de situarse de un creyente frente al mundo contemporáneo. Las críticas que se pueden hacer al saber y a la tarea teológica son, en muchos casos, críticas a la fe y la Iglesia fruto de una serie de reduccionismos, de clichés y de fallos en la racionalidad, que el actual Romano Pontífice desenmascara sin medias tintas. Verdaderamente llama la atención su capacidad de descubrir que un problema determinado –quizás muy “conocido” y ya muy “tratado”– estaba en realidad mal planteado; por eso propone más bien nuevos itinerarios que, remitiéndose a los fundamentos (a la Revelación, a la armonía y a la totalidad de la fe, a la verdadera naturaleza de la Iglesia, etc.), permiten recuperar el equilibrio y la serenidad en los planteamientos. Se acaba descubriendo que el verdadero horizonte era mucho más rico, amplio y fértil para la teología que la dialéctica fácil de los planteamientos reductivos. Con sólo descubrir esto y aprender de la capacidad crítica del autor, hemos conseguido ya un primer gran fruto de la lectura de este libro.